

CAPÍTULO II.—MI INFANCIA

Hay dos puntos sobre los cuales estuvieron de acuerdo todos los negros, apenas proclamada la abolición de la esclavitud: la necesidad de cambiar de nombre y la necesidad de alejarse de la antigua plantación, durante algunos días ó durante algunas semanas, para darse perfecta cuenta de su libertad.

Por estas ó las otras razones cada cual se dió cuenta de que no convenía, en adelante, llevar el nombre del antiguo propietario y muchos se apresuraron á cambiárselo. Fué uno de los primeros signos de la libertad. Como esclavo, un negro no tenía sino un nombre que le distinguía: Juan ó Susana, por ejemplo. La necesidad de determinar el apelativo se presentaba raramente. Si Juan ó Susana pertenecían á un blanco apellidado «Hatcher,» se les llamaba, en ocasiones, Juan Hatcher ó el Juan de Hatcher. Pero como había en esta denominación de «Juan Hatcher» ó «el Juan de Hatcher» algo que repugnaba á un hombre libre, no pocos cambiaron sus nombres por los de Juan S. Lincoln ó Juan S. Sherman; la inicial S no hacía aquí las veces de apellido, era lo que los negros llamaban con orgullo su partícula; una copia ingenua de la inicial que los blancos americanos tienen la costumbre de colocar entre su apelativo y su apellido y que es generalmente la del nombre de su madre.

Como acabo de decir, los más de los negros se alejaron de su plantación, por lo menos algunos días, para convencerse de que realmente tenían el derecho de ir donde quisieran y para probar el gusto de la libertad. Después de haber pasado un tiempo fuera, la mayoría de los esclavos viejos volvieron á sus antiguas viviendas y establecieron una especie de contrato con sus dueños, que les conservaron en su propiedad.

El marido de mi madre, que era padrastro de mi hermano Juan y mío, no pertenecía á los mismos dueños que mi madre. Venía raras veces á la plantación. Recuerdo que le veíamos una vez al año, en los alrededores de Navidad.

Durante la guerra se escapó en seguimiento de los ejércitos federales, con los que había llegado, á lo que parece al Nuevo Estado de la Virginia del Oeste. En cuanto se proclamó la abolición de la esclavitud, llamó á mi madre á Kanawha-valley (Virginia del Oeste.) Por aquellos tiempos un viaje á través de las montañas de Virginia hasta la del Oeste no era empresa agradable ni mucho menos. Se colocaron en una carreta los pocos fardos y utensilios que poseíamos; pero los niños tuvimos que hacer á pie una gran parte del camino, es decir, muchos centenares de millas.

Ninguno de nosotros se había visto jamás á larga distancia de la plantación. Un viaje de un Estado á otro era, por consiguiente, un acontecimiento. El instante en que nos separamos de nuestros antiguos dueños y de nuestros compañeros de la plantación, fué solemne.

Desde aquel día hasta el de su muerte quedamos en correspondencia con los individuos más ancianos de la familia de nuestros amos y luego, continuamos las relaciones con sus hijos. Nuestro viaje duró varias semanas y la mayor parte de las veces dormíamos al raso y

hacíamos nuestra comida sobre un fuego improvisado al aire libre. Recuerdo que una noche acampamos cerca de una cabaña de madera y mi madre quiso encender fuego dentro, para preparar la cena, y extender un jergón en el suelo á fin de que pasáramos la noche. Aún no había prendido la leña, cuando una enorme cubra negruzca de un metro y medio de longitud, por lo menos, cayó de la chimenea y se extendió en el suelo. Como es natural, abandonamos inmediatamente la cabaña. Finalmente llegamos al término de nuestro viaje, una diminuta villa denominada Malden, á cinco millas de Charlestown, la actual capital del Estado.

Constituían la principal industria de esta parte de la Virginia las minas de sal, y la diminuta villa de Malden estaba emplazada en el centro de los hornos. Ya mi padrastro había encontrado trabajo en una de las fábricas y había alquilado una cabaña para que nos sirviese de habitación. Nuestra nueva morada no valía mucho más que la que acabábamos de abandonar en la plantación de la Virginia; en realidad, era peor. Nuestra cabaña de la antigua plantación, aunque en un estado de ruina abominable, estaba situada de tal modo, que respirábamos desde ella el aire libre. Nuestra nueva cabaña formaba parte de una compacta aglomeración de viviendas y como no había, referente á ellas, ningún reglamento de higiene, la suciedad en torno de las chozas era con frecuencia insoportable. Entre nuestros vecinos los había negros y blancos, pero estos últimos pertenecían á la clase más pobre, más ignorante y más abyecta. El conjunto era estrambótico. La embriaguez, el juego, los atracos, las riñas y la inmoralidad caracterizaban la vida ordinaria de aquellas gentes. Todos los que habitaban en la villa, tenían alguna ocupación en las minas de sal. Yo era muy joven, pero

mi padrastro encontró trabajo para mi hermano Juan y para mí en una de las fábricas. Con frecuencia me veía obligado á acudir á la labor á las cuatro de la madrugada.

Mi iniciación en los conocimientos científicos, se remonta á los tiempos en que trabajaba en una mina de sal. Cada embalador de sal tenía escrita en sus toneles una cierta cifra. La de mi padrastro era 18. A la terminación de la jornada, el jefe de los embaladores escribía esta cifra sobre cada uno de nuestros toneles; muy pronto logré reconocerla donde quiera que la viese y acabé por escribirla, aunque ignorara todas las otras cifras y todas las otras letras.

Zahondando con ahinco en mi memoria recuerdo haber sentido siempre un vehemente deseo de aprender á leer. Ya desde niño me había dicho que si no lograba más en la vida, por lo menos sería lo bastante instruido para poder leer periódicos y libros. Acabábamos de instalarnos en nuestra nueva cabaña de la Virginia del Oeste, cuando supliqué á mi madre que me procurara un libro. Cómo ni dónde se lo procuró, no sabría decirlo: lo esencial es que pudo hacerse con un viejo abecedario de Webster, de cubiertas azules, que contenía el alfabeto y algunas sílabas vacías de sentido, tales como ab, ba, ca, da. Yo me puse á devorar este libro, indudablemente el primero que caía en mis manos. Había oído decir que para aprender á leer era necesario conocer el alfabeto; traté, pues, de asimilármelo, por todos los medios imaginables y sin profesor porque no lo encontraba. En aquel tiempo no había, á mi alrededor, un solo hombre de mi raza que supiera leer y yo era demasiado tímido para dirigirme á un blanco. Sin embargo, en el espacio de algunas semanas logré conocer una gran parte del alfabeto. Mi madre compartía ente-

ramente mis ambiciones y me ayudaba en ellas cuanto podía. Era completamente ignorante en materia de letras, pero tenía mucha ambición por sus hijos y un gran fondo de buen sentido que le permitía hacer frente á cualquier situación crítica y salir de ella con honor. Si durante mi vida he realizado alguna cosa digna de atención, la debo ciertamente á esta cualidad que he heredado de mi madre.

Por aquel entonces, y mientras yo me esforzaba en instruirme, llegó á Malden un joven negro que había aprendido á leer. En cuanto los negros lo supieron, se procuraron un periódico y al terminar cada jornada de trabajo, aquel joven se veía rodeado de un grupo de hombres y mujeres ansiosos de escucharle leer las noticias del día. ¡Cómo envidiaba yo á aquel joven! Me parecía el hombre de la tierra más digno de envidia y el que debía estar más contento con su suerte.

Entonces comenzábase á discutir sobre la conveniencia de otorgar una escuela á los negros. Este asunto se llevó el interés de todo el mundo; iba á ser la primera escuela de aquella parte de la Virginia para niños negros, es decir, un verdadero acontecimiento. La dificultad consistía en encontrar un maestro. Se pensó en el joven de Ohío que leía los periódicos, pero su edad no le favoreció. Mientras se buscaba un profesor, se tuvieron noticias de otro joven negro de Ohio que había sido soldado y que estaba instalado en la villa. Decíase que tenía buena instrucción y al instante se le contrató como maestro en la primera escuela negra. Y como, hasta entonces, no había habido escuela libre para los negros en esta región, cada familia consintió en pagar mensualmente una cantidad determinada, á condición de que el maestro se hospedase cada día, por turno, en una casa. No era para el maestro mala la

solución, porque cada familia servía aquel día la mesa con lo mejor que había en la despensa. Recuerdo que yo esperaba siempre con una impaciencia y un apetito notables «el día del maestro» en nuestra pobre cabaña.

Este hecho de toda una raza que quiere asistir á clase por la primera vez, es un fenómeno de los más interesantes que se hayan presentado nunca en la historia. Únicamente las personas que hayan convivido con la población negra, pueden formarse idea exacta del ardor que las gentes de mi raza manifestaron por instruirse. Acabo de decirlo; era una raza entera sentándose en los bancos de la escuela. Hubo pocos que se creyeran demasiado jóvenes y ninguno que se creyera demasiado viejo para aprender á leer. En cuanto se dispuso de maestros, no solamente se colmaron las clases de día, sino las de noche. La ambición de todos los ancianos era poder leer la Biblia antes de morir y por eso las clases nocturnas contaban con frecuencia hombres y mujeres que tenían cincuenta y hasta setenta y cinco años. También había escuelas dominicales, creadas desde la proclamación de la libertad; pero el principal de los libros que allí se cursaban era el abecedario. Las clases diarias, las nocturnas y las dominicales rebosaban; y con frecuencia tenían que despedirse alumnos por falta de sitio.

Con la apertura de la escuela de la Ranawha valley coincidió la decepción más grande de mi vida. Hacía algunos meses que yo trabajaba en el horno de sal y mi padre se había dado cuenta de que podía reportarle algún dinero; de modo que, al abrirse la escuela, declaró que no podía prescindir de mí. Esta decisión pareció que echaba por tierra todas mis ambiciones y mi decepción fué tanto más cruel cuanto que, desde el sitio donde trabajaba, podía ver pasar á los otros mucha-

chos que felices, se dirigían mañana y tarde á la escuela. A pesar de todo, resolví instruirme y, con más ardor que nunca, dime á estudiar el alfabeto en el libro de cubiertas azules.

Mi madre compartió mis sufrimientos, trató de consolarme, por todos los medios imaginables, y me ayudó á encontrar lo que necesitaba. Finalmente logré hacer tratos con el maestro que consintió en darme lección por la noche, después de mi jornada de trabajo. Experimenté una tal satisfacción de haber logrado aquellas lecciones que, creo, hacía yo más por la noche que los otros estudiando todo el día. Los beneficios que personalmente me reportaron aquellas lecciones, son una de las razones que me indujeron luego á favorecer la creación de clases nocturnas en Hampton y en Tuskegee. Pero, en mi corazón de niño, seguía acariciando la idea de seguir las clases de día y no dejaba pasar ocasión sin defender mi causa. Triunfé, por fin, y se me permitió asistir á la escuela diariamente, durante algunos meses, á condición de levantarme temprano, por las mañanas, para trabajar en el horno hasta las nueve y de volver por las tardes, en saliendo de la escuela, á trabajar dos horas todavía.

La escuela estaba á cierta distancia de la fábrica; y como era necesario trabajar hasta las nueve y las clases comenzaban á las nueve precisamente, me hallé en presencia de una seria dificultad. Cuando yo llegaba á la escuela, las clases habían comenzado siempre y muchas veces mi sección había recitado ya sus lecciones. Para vencer esta dificultad, cedí á una tentación por la que me condenarán, sin duda, la mayor parte de las personas que me leen; pero es un hecho, y debo mencionarlo. Tengo una confianza ilimitada en el poder y en la influencia de los hechos. Generalmente no se ga-

na nada con ocultarlos. Había en el despacho de la fábrica un reloj. Este reloj, como es natural, regía la jornada de trabajo de más de cien obreros. A mí se me ocurrió que para llegar á tiempo á la escuela no tenía más que adelantar la aguja desde las ocho y media hasta las nueve y es lo que hice cada mañana, hasta que el mayordomo de la fábrica, notando algo anormal, cerró con llave la caja del reloj. Por mi parte no había querido hacer daño á nadie. Sólo deseaba llegar puntualmente á mi clase.

En la escuela me encontré frente á nuevas dificultades. En primer lugar, todos los alumnos llevaban sombrero ó gorra y yo no tenía una cosa ni otra. Por lo demás, no recuerdo haber llevado, hasta entonces, cubierta la cabeza, y aun creo que ni yo ni muchos de mis compañeros, habíamos pensado nunca en esta necesidad. Pero, como es natural, viendo cubiertos á mis compañeros, yo empezaba á estar violento. Siguiendo mi costumbre, comuniqué mis cuitas á mi madre, quien me dijo que carecía de medios para comprarme un sombrero en una tienda, lo que constituía, por entonces, la gran novedad entre los individuos de mi raza, jóvenes ó viejos; pero que ella encontraría el modo de satisfacer á mis deseos. Buscó dos trozos de una tela tejida á mano, los cosió hábilmente y me puso en posesión de mi primera gorra, de la que estaba yo más orgulloso que un monarca.

Mi madre me dió, aquel día, una lección que no he olvidado nunca y de la que he hecho todos los posibles porque se aprovecharan los demás. Al recordar este incidente, me ha causado siempre una completa satisfacción el que mi madre tuviera la fuerza de carácter suficiente para no caer en el ridículo de los que quieren aparentar lo que no son. Por eso no me compró un

sombrero en el almacén, con lo que habría hecho creer á mis compañeros ó á los demás que era más rica de lo que era en realidad. Siempre le he agradecido que no se creara una deuda comprando un objeto cuyo importe no habría podido satisfacer. Desde aquel entonces he sido dueño de toda clase de sombreros y de gorras, pero ninguno me ha causado tanta satisfacción como la gorra confeccionada, con dos trozos de trapo, por mi madre.

Después he podido comprobar, con honda pena, de bo confesarlo, que muchos de los compañeros que comenzaron llevando sombreros flamantes y que se burlaban de mi gorra hecha á mano, han acabado sus días en un penitenciarío, mientras que otros se han quedado sin dinero para adquirir ninguna clase de gorra.

Mi segunda dificultad, en la escuela, nacía de la necesidad urgente de escogerme un nombre. Desde niño había respondido al nombre de Booker. Antes de ir á la escuela no se me había ocurrido nunca que pudiera serme útil ó necesario poseer un segundo nombre. Cuando pasaban lista, noté que todos los niños tenían dos nombres por lo menos; los había que se permitían el lujo — para mí excesivo — de un tercer nombre. Estaba muy perplejo porque sabía que el maestro iba á preguntarme mis dos nombres, siendo así que yo no tenía más que uno. Cuando me llegó el turno, tuve una idea luminosa que, á mi juicio había de colocarme á la altura de la situación, y al preguntarme el maestro cuales eran mis nombres, le respondí fríamente: Booker Washington, como si hubiera llevado este apellido desde mi nacimiento; luego, bajo este nombre se me ha conocido.

Más tarde supe que mi madre me había dado el nombre de Booker Taliaferro; poco después de mi na-

cimiento, desapareció y se olvidó mi apellido; cuando nuevamente tuve conocimiento de él volví á adoptarlo y desde entonces he firmado «Booker Taliaferro Washington.» Creo que no debe haber muchos hombres en nuestro país que hayan gozado de un privilegio como el mío para darse nombre á sí mismos.

En más de una ocasión he tratado de imaginarme que ocupaba la posición social de un niño ó de un hombre que desciende de noble y honrada prosapia de antepasados, remontándose á lejanos siglos, y de los que ha heredado no solamente un nombre, sino una fortuna y una hacienda familiar que son su orgullo; pero en el fondo he creído siempre que si hubiera heredado estas ventajas, junto con la de pertenecer á una raza más popular que la mía, habría cedido fácilmente á la tentación de contar sobre mis antepasados y sobre el color de mi piel, en lugar de hacer por mi desenvolvimiento personal todo lo que debía hacer. Hace muchos años que he decidido, ya que no tengo antepasados, dejar á mis hijos un recuerdo del que puedan enorgullecerse y que les anime á remontarse más alto todavía.

La sociedad no debería juzgar al negro y sobre todo al joven negro, con demasiada precipitación y severidad. El joven negro tiene que luchar con obstáculos, desengaños y tentaciones que son incapaces de imaginar siquiera los que no ocupan la misma situación. Un blanco, lleno de juventud, que emprende una obra cualquiera, según la opinión de la gente ha de triunfar; mientras que si se trata de un joven negro hay un sentimiento de sorpresa cuando no fracasa. En una palabra, el negro entra en la vida con todas las presunciones en contra de él.

Sin embargo, la influencia de los antepasados sobre los individuos y por lo tanto sobre una raza, tiene al-

guna importancia, á condición de no exagerarla demasiado. Los que no se cansan de señalar las debilidades morales del joven negro y comparan el desenvolvimiento del blanco con el suyo, no tienen bastante en cuenta la influencia de los recuerdos que flotan alrededor de las casas de las antiguas familias. Ya he dicho que yo no recuerdo quién era mi abuela. Tengo y he tenido tíos, tías y primos, pero me sería difícil decir dónde se encuentran. Y mi caso es el de millares de negros. El solo hecho de que el blanco sepa que si no triunfa en su empeño compromete la historia de una familia que se remonta á muchas generaciones, es bastante para evitar que sucumba á la tentación. El hecho de que el hombre tenga detrás de sí y á su alrededor una familia, cuya historia y cuyas relaciones le llenan de orgullo, es un estimulante para vencer todos los obstáculos.

El tiempo que me concedían para ir á la escuela era muy corto y además iba á ella con mucha irregularidad. Pero ni esto duró mucho. Tuve que abandonarla completamente y consagrar todo el tiempo al trabajo de la fábrica. Nuevamente recurrí á las clases nocturnas. Puedo afirmar que la mayor parte de mis conocimientos los adquirí de noche después de mi jornada de trabajo. A veces me era difícil encontrar un maestro á gusto mío. Y me aconteció, cuando hube encontrado uno, que tuve la decepción de comprender que mis conocimientos igualaban á los suyos. Con frecuencia tenía que hacer kilómetros de camino para ir á dar mis lecciones. Pero por tristes y descorazonadoras que fueran las pruebas que tuve que soportar en mi juventud, no hubo un solo día en que abandonara la resolución que me había formado de procurarme una educación á cualquier precio.

Poco después de nuestra llegada á la Virginia del Oeste, mi madre adoptó, á pesar de nuestra pobreza, á

un joven huérfano á quien más tarde dimos el nombre de James B. Washington. Desde entonces forma parte de la familia y no la ha abandonado nunca.

Ya hacía algún tiempo que trabajaba yo en la fábrica, cuando me encontraron trabajo en una mina de carbón, explotada principalmente para utilidad de la fábrica. Siempre he aborrecido el trabajar en una mina de carbón. Una de las razones que me remueven á ello es la imposibilidad de ir limpio durante el trabajo y la dificultad de lavarse y arreglarse después de una jornada de labor. Además, para llegar desde la entrada de la mina á los yacimientos del carbón, era necesario recorrer por lo menos un kilómetro de tinieblas profundísimas. No creo que se encuentre en parte alguna, una obscuridad tan absoluta como en una mina de carbón. Esta, estaba dividida en gran número de «cámaras» ó compartimentos y como yo no pude aprender nunca la distribución de estas cámaras, me perdí en ella muchas veces. Para añadir horror á la situación, mi lámpara se extinguía y si por azar me encontraba sin fósforos, me veía obligado á errar en la noche hasta tropezar con alguien. El trabajo no era solamente pesado sino peligroso. Constantemente estábamos expuestos á volar bajo la violencia de una explosión inesperada ó á morir aplastados por el desprendimiento de un bloque de pizarra. Accidentes de este género se sucedían sin cesar y me tenían en perpetua zozobra.

Muchos niños, de los más jovencitos precisamente, se veían obligados entonces — y creo que también ahora — á pasar gran parte de su vida en las minas de carbón, sin poder hacer ningún estudio. Yo he podido comprobar más tarde, con tristeza, que, por regla general, los muchachos que han comenzado su vida en una mina de carbón están atrofiados física y mentalmente. No tie-

nen más deseo que permanecer indefinidamente en las minas de carbón.

En aquel tiempo y más tarde, adolescente ya, complácime en representarme á mí mismo los sentimientos y las aspiraciones de un joven blanco al que nada, absolutamente nada detiene en sus ambiciones y en su actividad. Envidiaba al blanco que no encuentra obstáculos para ser diputado, gobernador, obispo ó presidente de la República, ni en su nacimiento, ni en su raza. Trataba de imaginarme el modo como yo obraría en iguales circunstancias. Me veía comenzando en los más bajos peldaños de la escala, para llegar á los más altos, á la cima.

Confieso que al presente ya no envidio al joven blanco como le envidiaba entonces. He comprendido que el éxito no debe medirse por la posición que se ocupa en la vida, sino por los obstáculos que han tenido que vencerse para llegar hasta ella. Considerados de esta manera, el origen y la impopularidad de su raza ponen al negro en condiciones que no vacilo en declarar ventajosísimas, desde el punto de vista práctico. Con muy pocas excepciones, el negro se ve obligado á perfeccionarse más y á comportarse mejor que el blanco, para que se acepte su trabajo. Pero de esta lucha que debe sostener, áspera y encarnizada, saca una fuerza y una confianza en sí mismo que nunca tendrán los que se encuentran el camino llano merced á su nacimiento ó á su origen.

Escoja el terreno que quiera para dilucidarlo, siempre prefiero ser lo que soy: un miembro de la raza negra; y no se me ocurre envidiar á los más favorecidos de las otras razas. He experimentado siempre una profunda tristeza al oír á los hombres reclamar derechos, privilegios y distinciones, sin más razón que la de ser miembros de cierta raza y abstracción hecha de sus mé-

ritos y de su valer profesional. Nunca he podido evitar un sentimiento de tristeza con respecto á esas personas porque creo íntimamente que un hombre no se eleva por pertenecer á una raza superior, sino por la virtud real que tenga en sí mismo y que el porvenir de una raza tenida como inferior, no le ha de impedir que se realce al que tiene un valor intrínseco y personal. Todo ser perseguido, toda raza perseguida encontrarán consuelos infinitos en la gran ley humana universal y eterna que quiere que el mérito, bajo cualquier piel que se esconda, sea reconocido y recompensado. Y lo que acabo de decir no es por llamar la atención sobre mi persona, sino sobre la raza á la que estoy orgulloso de pertenecer.